

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/311589034>

Genghis Khan: cómo se hizo su imperio

Article in National Geographic · January 2003

CITATIONS

0

READS

4,034

1 author:



Dolors Folch

University Pompeu Fabra

60 PUBLICATIONS 28 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



En el umbral de China: las relaciones de Rada, Loarca, Tordesillas y Dueñas [View project](#)

Gengis Khan: cómo se hizo su imperio

Luchó toda su vida, que fue larga, y consiguió, por vez primera, que un imperio nómada llegara a conquistar y administrar no sólo la estepa sino también los mundos de los sedentarios

Cuando en 1206 Temujin dio por unificada Mongolia en un solemne Quriltai o Asamblea general de las tribus, dejaba atrás 20 años de luchas ininterrumpidas durante los cuales había impuesto a la vez el predominio de los mongoles sobre las restantes tribus de la estepa y el de sí mismo sobre todos ellos. De hecho, no sabemos qué edad tenía en aquel momento: nació entre 1155 y 1167, pero los historiadores suelen escorar hacia la segunda cifra, sobre todo para poder atribuir el ímpetu de las conquistas a un hombre más joven. El Quriltai de 1206 le nombró Gengis Khan, un título inventado para la ocasión que podría traducirse por khan oceánico o universal. Fue también esta asamblea la que decidió adoptar el uyghur para escribir el mongol, que hasta entonces había sido sólo una lengua hablada: el hecho de que Gengis ordenara que todos sus generales aprendieran a leer y a escribir permite imaginar que tenía ya in mente formas más estables de organización. Fue también en esta fecha cuando, tras premiar explícitamente a todos sus leales familiares y seguidores que constituirán partir de ahora el núcleo duro de las conquistas mongolas, se estructuró un cierto aparato judicial, aunque la idea extendida de que Gengis promulgó aquí un código sistematizado de leyes, conocido como la Gran Yasa, carece totalmente de fundamento.

Poco después del Gran Quriltai, en 1209, los uyghures, un pueblo sedentarizado, refinado y muy culto que habitaban en lo que hoy en día es la provincia china del Xinjiang, ofrecieron su vasallaje a Gengis para liberarse de las exacciones cada vez más gravosas que les imponían sus vecinos, los Kara-Khitai. La incorporación de los uyghures iba a proporcionar a Gengis un primer núcleo de colaboradores competentes: de hecho los mongoles pudieron organizar el imperio gracias a la incorporación – voluntaria o por conquista – de pueblos de tradición nómada que dominaban bien las técnicas de los sedentarios. Los uyghures le proporcionarán también el cuerpo de intérpretes sin el cual hubiese sido imposible afianzar un imperio en el que se hablarían más de 100 lenguas, de las que los mongoles no conocían ninguna. Pero fueron también los uyghures quienes pusieron en marcha el enorme potencial de conquista del nuevo imperio, ya que le incitaron a luchar contra el imperio chino de los Xi Xia, una dinastía fundada por el pueblo tangut, de origen tibetano, que controlaba los tramos vitales de la Ruta de la Seda en China, encareciendo con ello el comercio al que también se libraban los uyghures.

De hecho, Gengis tenía tres motivos poderosos para lanzarse contra los Xi Xia. En primer lugar, tantos años de luchas habían asegurado el imperio pero habían destrozado la economía nómada: los rebaños estaban diezmados y convenían nuevos pastos que alimentaran un creciente stock. Gengis sabía que le habían nombrado khan para que proporcionara botín fresco y que no sólo le correspondía librar a Mongolia de la confusión política sino también de la incertidumbre económica. Aunque el ejército de Gengis Khan no alcanzó nunca las cifras exorbitantes que le atribuyen los cronistas de los vencidos y parece haberse mantenido siempre entre 100 y 125.000 hombres, todos ellos iban a la batalla con unas cinco monturas de repuesto, lo que explica y limita muchos de sus movimientos, así como la irritación que les producían campesinos y ciudadanos por los malos usos a que sometían la tierra. En 1209, Gengis

necesitaba proporcionar hierba fresca para sus leales seguidores y las tierras de Xi Xia rebosaban de ella.

En segundo lugar, Gengis Khan era muy consciente de la importancia del comercio. Detestaba las ciudades y sus murallas pero entendía el caminar de las caravanas. El mundo de los uyghures, salpicado de ricos oasis que debían su prosperidad a sus talleres y mercados, le acabó de confirmar lo que ya sabía: tasar el gran comercio podía ser una excelente y constante fuente de ingresos, mejor incluso que un botín. Las fuentes dejan constancia de que Gengis intentó, cuando menos en una ocasión – la de la conquista sobre el sha de Juarezm –, negociar paces que garantizaran explícitamente el fluir comercial.

En tercer lugar, no cabe duda alguna sobre la ambición de poder que le marcaría toda su vida: y si bien la tradición mongol concedía al khan un poder ilimitado en tiempos de guerra, se lo reducía mucho en tiempos de paz. La fuga hacia delante de Gengis Khan parece obedecer más a esta necesidad de conservar un poder absoluto que a un plan preconcebido de conquistar el mundo, que por otra parte todavía no conocía.

A pesar de tratarse de un reino relativamente pequeño, la campaña contra los Xi Xia representaba también un cambio significativo en lo que respecta a las relaciones de los imperios nómadas de la estepa con los sedentarios. Hacía más de un milenio – desde la creación del imperio xiongnu en el siglo III aC en el límite norte del imperio Han – que los imperios nómadas se constituían de vez en cuando en las estepas del norte y dirigían regularmente razzias contra los sedentarios. Pero conquistarlos no había entrado ni en sus planes ni en sus posibilidades: el mismo Gengis se limitó al principio a ir a por botín y a destrozar cercas y acequias para recuperar campo para los pastos. Había además el problema añadido de cómo rendir las ciudades amuralladas. Los mongoles tenían paciencia para largos cercos, pero las epidemias dieztaban a sus huestes inmovilizadas. Pronto intuyeron la importancia de los ingenieros en este tipo de guerras, pero la primera presa que construyeron para inundar una ciudad resultó estar mal nivelada e inundó en cambio el campo de los mongoles. Gengis Khan, que era siempre partidario de una política realista, prefirió firmar una paz que le garantizara sus nuevos pastos y los ingresos del comercio.

El contacto de Gengis con el mundo chino le había abierto nuevas perspectivas. A Oriente, entre los Xi Xia y el mar, corría el río Amarillo, y allí florecía el riquísimo reino de los Jin, establecido hacía tres cuartos de siglo por una tribu tungús, la de los jürchen, procedente de Manchuria. En 1125 los jürchen habían invadido el norte de China desplazando a la dinastía Liao, fundada por los qidan en el 924. Los qidan eran de habla mongol, tenían una gran experiencia administrativa, y su imperio, que había establecido murallas y guarniciones en el corazón mismo de Mongolia, había sintetizado muchos aspectos de las culturas mongol y china. Pero su desplazamiento por la nueva dinastía Jin los había marginado y su descontento pasó a engrosar el que ya sentían los propios chinos, dominados ora por unos ora por otros, y que constituían la mayoría de la población. En este contexto, la estrella de Gengis y la amenaza que representaba para la dinastía Jin, resultaba prometedora para muchos. Los desertores qidan y chinos que afluyeron al campamento del khan le proporcionaron una visión precisa de la crisis interna de los Jin y le aportaron también los conocimientos en las técnicas de asedio que tanto había echado de menos en sus ataques a los Xi Xia.

En 1211 Gengis Khan se abatió sobre el imperio Jin, cuyo ejército era diez veces superior al suyo: jamás los hubiera vencido sin el apoyo de gran parte de los qidan y un número muy considerable de chinos que Gengis utilizó para poner en pie una infantería y para crear los cuerpos de ingenieros militares que le acompañarían desde

entonces. Aunque el avance fue relativamente rápido, la campaña fue durísima para los mongoles y las epidemias diezmaron una y otra vez sus campamentos. La resistencia de los Jin enfureció a Gengis Khan, que en 1215 cercó y destruyó Pekín, llamada entonces Zhongdu, la ciudad del centro. La victoria mongol se saldó con un baño de sangre y un mes de saqueo: dicen los viajeros que años después los huesos de los muertos seguían blanqueando el paisaje. Por otra parte, los saqueos sistemáticos habían arruinado el país y por toda la China del norte los campesinos errantes acosados por la hambruna se confundían con los grupos de bandidos. La corte, sin embargo, se refugió en Kaifeng y aunque Gengis dejó en China a uno de sus mejores generales, tanto éste como él mismo murieron antes de la rendición total de los Jin en 1234: en contra de lo que se dice, las campañas mongoles sólo raramente fueron guerras relámpago. Las tropas tenían una movilidad enorme, cimentada en las remontas que llevaban tras ellos, en las tácticas de avances y retrocesos tomadas directamente de las grandes cacerías: de hecho la costumbre de contar las reses abatidas hacía que los mongoles contaran siempre las víctimas. Su insólita movilidad aterraba a sus enemigos por cuanto multiplicaba visualmente su número, mientras que su dominio de los caballos - sobre los que un estribo corto permitía mantenerse en pie y disparar tanto hacia adelante como hacia atrás - , se completaba con el gran alcance de sus arcos de madera, cuerno y tendones de animales cuyas flechas con aceradas puntas de hierro destrozaban objetivos a 250 metros de distancia. Pero los mongoles nunca hubiesen podido afianzar su posesión del territorio sin la ayuda de los qidan. Incluso es dudoso que hubiesen querido, puesto que uno de los nuevos gobernadores mongoles propuso exterminar a toda aquella población de campesinos miserables que no servían para nada, arrasar las ciudades que interrumpían el paisaje y destinar todo el espacio a pastos. El país se salvó gracias a Yelu Chucai, un joven y aristocrático funcionario qidan que presentó a Gengis Khan un cálculo de lo que se podría sacar de aquellas tierras en apariencia tan miserables si se le permitía reorganizarlas de nuevo: la enumeración de los miles de caballos, rollos de seda, lingotes de plata y medidas de trigo que fluirían anualmente de estas tierras sin riesgo alguno para sus tropas convenció definitivamente al khan y garantizó al joven qidan un lugar de confianza en su gobierno que conservaría toda su vida. Sin duda los éxitos de Gengis Khan son menos el resultado de su capacidad militar - a fin de cuentas algunas de sus gestas más espectaculares las realizaron sus generales a miles de kilómetros de él y casi por iniciativa propia - como de su habilidad política y administrativa.

Los imperios Xi Xia y Jin habían quedado mermados y estaban amenazados de muerte. Pero las noticias que le llegaban de occidente desviaron de momento la atención de Gengis Khan hacia Asia Central. Por entonces las postas a intervalos fijos garantizaban una transmisión muy rápida de la información y, por otra parte, el colectivo de mercaderes musulmanes que veían con satisfacción el apoyo decidido del Khan al gran comercio, le mantenían constantemente informado de la situación de los territorios por los que pasaban las grandes rutas. Por ellos supo Gengis los desmanes a que se libraba, con la furia del converso, el nuevo usurpador del trono de los Kara Khitai: la crucifixión del principal imam de Khotan en la puerta de la madrassa permitió a Gengis en 1218 presentarse ante las puertas de Kashgar y ser recibido como un libertador.

La conquista del reino de los Kara Khitai puso a Gengis en contacto directo con otro reino, de reciente consolidación, el del sha de Juarezm, Muhammad. Se trataba de un imperio inmenso, que cubría lo que hoy en día son las repúblicas ex-soviéticas de Asia Central, Afganistán y Irán. Todo parece indicar que Gengis hubiese preferido no ir a la guerra, puesto que estaba en plena campaña de China e hizo una oferta explícita

de paz a Muhammad en aras a preservar las grandes rutas comerciales. Muhammad tenía motivos más que sobrados para aceptar, porque algunas de las ciudades más ricas del mundo – Samarcanda, Bujara, Merv, Herat, Balkh, Nishapur, Merv - se hallaban en su territorio y se nutrían de este comercio. Además, aunque contaba con un ejército inmenso, su control del territorio era reciente y discontinuo y la fidelidad de las tropas lo suficientemente aleatoria como para que prefiriera evitar las grandes concentraciones militares. Pero un gobernador suyo desencadenó el desastre cuando mató a toda una caravana de comerciantes mongoles por la sospecha – probablemente fundada – de que eran espías. Cuando Gengis envió a tres embajadores para solicitar un castigo ejemplar para el gobernador, Muhammad hizo matar a uno y devolvió los otros dos con las barbas afeitadas, insulto éste de primera magnitud en Asia Central.

Esta vez Gengis Khan enfureció: el terror que evoca la mención de los mongoles está directamente relacionado con la terrible devastación que se abatió sobre Asia Central entre 1219 y 1221. Las ciudades que ofrecían resistencia eran arrasadas hasta sus cimientos y su población exterminada: más de una, como Bamiyan y Balkh desaparecieron simplemente del mapa. La destrucción que sembraron sus ejércitos en Asia Central fue tanta que se convirtió en una arma en sí misma: el terror paralizaba a sus víctimas, que veían venirlos encima aquella desgracia sin capacidad alguna de reacción. Uno de los que escaparon de Bujara, recorría la llanura repitiendo traumatizado: “Vinieron, asaltaron, quemaron, mataron, saquearon y marcharon”. Aunque los cronistas aterrados desorbiten las cifras de las masacres urbanas al máximo – otorgando por ejemplo un millón y medio de muertos a Herat -, otras destrucciones resultaron ser más devastadoras a largo plazo: con la red de canales subterráneos de regadío artificial destruida y la población campesina que los mantenía dispersada o muerta, una estepa yerma se extendió por doquier y el desierto recuperó lo que siglos de civilización le habían laboriosamente arrancado. Privadas de su base agrícola multitud de ciudades de Asia Central empequeñecieron o desaparecieron del todo: la arqueología contemporánea intenta recuperar ahora algunos de aquellos nombres ilustres.

Sólo un colectivo pareció pasar indemne a través de tanta matanza, el de los religiosos, obligados eso sí de forma explícita a rogar a sus dioses por el gran khan. El shamanismo, basado en el culto a los antepasados permitía adivinar un tanto y mejorar un poco la vida actual: pero no era una religión de futuro y dejaba libre el campo de las otras vidas para todas las demás. Todas las grandes religiones de la ruta de la seda hallaron refugio en la corte de Gengis Khan - nestorianos, maniqueos, mazdeístas, budistas de todo cuño, musulmanes de todas las sectas, taoístas - máxime teniendo en cuenta que todos ellos tenían fórmulas mágicas y habilidades médicas. Apenas apagado el incendio que destruyó Bujara, Gengis Khan convocó a los imames a la gran mezquita para que le instruyeran sobre la doctrina del Islam: los aterrados clérigos comprobaron que seguía con interés sus respuestas y consideraba plenamente satisfactorias sus doctrinas, con excepción del peregrinaje a la Meca que parecía chocar con su creencia de que Dios podía venerarse en cualquier rincón de la naturaleza.

En 1224, el khan podía plantearse un descanso. Sus generales Jebe y Subotei habían salido en persecución del sha de Juarezm y, una vez muerto éste en una isla del mar Caspio, destruyeron Georgia – que estaba en el apogeo de su esplendor – Azerbaidjan, Armenia, los principados rusos del sur. Con 40.000 hombres recorrieron 20.000 kilómetros en cuatro años y volvieron sabiendo cómo era el Islam y cómo el mundo europeo que se extendía en los márgenes de Rusia, mientras su otro general Muqali había recabado para él toda la información posible sobre el otro gran imperio

chino de los Song del sur y sus relaciones con todo el sudeste de Asia: a principios del siglo XIII ningún sabio del mundo podía emular el conocimiento geográfico del analfabeto Gengis Khan. A primeros de año el khan regresó a Mongolia y celebró su triunfo con una cacería inmensa que estuvo preparándose durante meses y en la que participaron 100.000 hombres avanzando en un radio de 600 kilómetros en un orden tan estricto y con tácticas tan elaboradas como las del campo de batalla.

Pero a Gengis le quedaba por resolver el tema de China. Era obvio que dado que los Xi Xia no le guardaban la lealtad debida y le negaban su ayuda cuando bien les convenía, mientras éstos siguieran existiendo sería difícil destruir del todo a los Jin. La campaña, iniciada en 1226 se saldó con un terrible baño de sangre y la aniquilación total de los tangut: como había pasado en la Transoxiana y el Jorasan la venganza de Gengis se saldó con un genocidio. Pero también fue allí donde murió Gengis Khan. Cayó de nuevo del caballo y esta vez las heridas internas no sanaron. Su muerte, acaecida durante el sitio a la capital tangut de Ningxia, sobre el río Amarillo, se mantuvo en secreto hasta que se produjo la rendición de la ciudad, que fue pasada a cuchillo, como lo fueron todos los seres vivos, hombres o animales, que se cruzaron con el cortejo fúnebre que lo devolvía a Mongolia.

A diferencia de lo que había pasado con los anteriores imperios de la estepa, su muerte no deshizo el imperio ni mitigó el ímpetu conquistador de los mongoles, que había de durar tres generaciones: los conquistadores de Mesopotamia y China – Hulegu y Kubilai Khan - serán nietos de Gengis Khan. La cohesión que logró Gengis Khan en torno suyo no tiene tampoco parangón, y ello a empezar por su familia: aunque de muy niño mató a un medio hermano, el resto de sus hermanos, medio hermanos, cuñados y yernos le siguieron fielmente hasta el final. A pesar de las disputas, consiguió mantener unidos a sus hijos y el número de fieles incondicionales siguió aumentado a lo largo de toda su vida. Aunque sus matanzas eran terribles, no excedían en modo alguno a las que eran habituales en la estepa y no le valieron entre los cronistas la fama de perverso que siglos después acompañaría a Tamerlan. Sus disposiciones, aunque erráticas, buscaban siempre reforzar su poder único y supremo y tendían a establecer un cierto control: prohibió, por ejemplo, emborracharse más de tres veces al mes, y castigó con la pena de muerte el robo – porque perjudicaba al comercio – y el adulterio – porque era una fuente de luchas interminable. A diferencia de otros conquistadores, parece haber mantenido hasta el final la frugalidad primigenia. En cualquier caso, ésta se convirtió en uno de los activos importantes de sus tropas, capaces, a diferencia de las de sus contrarios, de pasar días sin apenas comer y bebiendo apenas un poco de sangre del cuello de sus caballos: las orgías a que se libraban con los bienes de los vencidos servían para compensar tanta penuria.

Sin saber exactamente qué año nació ni donde está enterrado, Gengis Khan sigue envuelto en un cierto halo de misterio. Las fuentes sobre su vida son muy numerosas pero, aparte de un par que son propiamente mongolas y que cubren sobretodo su conquista de la estepa, las demás fueron escritas por los pueblos vencidos: y hubo tantos que es casi imposible que alguien con la formación académica necesaria para formarse una idea global de las circunstancias históricas de la época consiguiera dominar las más de 10 lenguas en que se narraron sus gestas. Este problema explica el constante caleidoscopio a través del cual, ya desde las mismas primeras fuentes se filtrará su imagen. El cronista persa Juzjani decía de él que era “alto y fuerte, de cuerpo robusto, con pelo ralo y blanquecino en el rostro y ojos de gato. Posee una enorme energía y sensatez, es imaginativo y comprensivo, inspira un gran temor, es un carnicero, justo, decidido, azote de sus enemigos, intrépido, sanguinario y cruel”. Esta mezcla de confusión, terror y admiración acompañarán para siempre al personaje.

